

*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.* Era necesario recordar estos principios para comprender bien la vida admirable que escribimos. Hasta aquí ha trabajado José en su formación: es un santo admirable, asombroso, y con gusto añadiríamos, pavoroso, difícilmente imitable. Preparado así por la mano de Dios, va á dar principio á su misión providencial, no para despertar en nosotros una admiración estéril, sino para servirnos de ejemplo á los que somos también *Padres de la juventud*. Todavía ha de ver Francia muchos cambios políticos: tal es su temperamento; pero será transitoria y estéril la restauración que deseamos, si, como los Santos, no aprendemos á *renovarlo todo en Cristo*. ¿De qué sirve esa pequeña parte con que nos quedamos tan satisfechos? ¿De qué sirven el Crucifijo y las imágenes pintados ó colgados en las paredes, si no vemos otra cosa? No son más que emblemas, y Dios quiere que la realidad se grabe en los corazones. Vamos á ver á San José predicando esas verdades con los ejemplos de su larga vida: podríamos decir que fué ofrecida para reparar los desastres y los errores de nuestros tiempos.

Menos de cien años después un santo francés, el Bienaventurado de la Salle que quizá jamás había oído hablar de San José, muerto hacía poco tiempo, fundaba su instituto de las Escuelas Cristianas sobre la misma base, pues el verdadero espíritu de Dios sopla donde quiere, inspirando los mismos pensamientos de verdad. Sólo que la obra de San José, compuesta de sacerdotes principalmente era más perfecta que la del Bienaventurado de la Salle, porque los sacerdotes por la gracia del Orden, son más aptos para la santificación de las almas en igualdad de circunstancias. Las mismas necesidades les inspiraron medios idénticos. Y en la Bula de Clemente XII para la canonización del gran San Vicente de Paúl, leemos estas hermosas palabras que no sabrán meditar bastante los directores de la juventud. «El cuidado principal de Vicente y su vigilante solicitud se extendían menos á llenar las inteligencias de sus jóvenes discípulos de conocimientos estériles con respecto á las cosas de Dios, que á conducir sus almas á abrazar la celestial sabiduría, y á conformar sus costumbres con la sublime santidad de la perfección cristiana». Y en el Decreto para la introducción de la causa de la Beatificación del Bienaventurado de la Salle, decía el Soberano Pontífice Pío IX en 1.º de noviembre de 1875: «Habiendo meditado estas palabras de la divina sabiduría: *Venid, hijos míos, y escuchadme, porque voy á enseñaros el temor de Dios: y esta advertencia de Jesucristo: dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos*, comenzó á reunir á los niños pobres y abandonados, enseñándoles con solicitud *los deberes de la piedad*, y los rudimentos de las letras».

Hacia cinco años que cumplía José, con tanta solicitud como celo, el cargo de visitador de los pobres en la Cofradía de los Santos Apóstoles, y como miembro de la Doctrina Cristiana.

Habiase puesto así en contacto con lo más humilde del pueblo, con las almas más abandonadas, y había conocido la necesidad de dar educación cristiana á la juventud pobre. Habíale hecho comprender Dios, y había llegado á tocar con el dedo la profunda ignorancia de las verdades de la fe en que vivían los padres de familia que visitaba: su consecuencia inmediata era la gran depravación de costumbres. Aquellos desgraciados, embrutecidos por la miseria, no conocían más que las satisfacciones inmundas, entregándose á ellas sin remordimiento, porque no tenían fe. A causa de su pobreza no podían frecuentar los niños las escuelas, y no aprendían las verdades necesarias para la salvación. Cuando llegaban á mayor edad, se avergonzaban de aprender lo que sabían los más jóvenes: *Su inteligencia y su corazón estaban inclinados al mal desde su infancia*, (1) como dice la Escritura. En la más tierna edad daban ya señales de las más funestas pasiones, que aumentaban y se robustecían con los años; y, si podía decirse que eran por el Bautismo hijos de la Iglesia, sus pobres almas estaban enteramente separadas de ella. ¿No hacemos con esto el retrato de los niños de nuestros tiempos? Trabajaba San José por dar luz á los padres, les echaba en cara el estado de ignorancia y de desorden en que permitían que crecieran sus hijos; y ellos contestaban con cierta verdad, que apenas si podían vivir ellos, siéndoles imposible pagar la retribución sin la cual no eran sus hijos admitidos en las escuelas. ¿Qué podía responderse á tan justas razones? Retirábase pensativo, buscando el medio de reparar tanta ruina, de auxiliar á la niñez abandonada, y por ella á las futuras generaciones. ¿Qué se conseguía con vencer en toda la Italia el error dogmático, si se desquitaba el demonio perpetuándolo con la ignorancia invencible? Reunir todos los días á los niños, para enseñarles el catecismo, no era factible, pues era tan difícil conseguirlos los domingos y días de fiesta para hacerles una breve instrucción. Fué persuadiéndose poco á poco, de que no tendría resultado alguno, sino admitiéndolos gratuitamente en las Escuelas. Seduciría á los padres, si nada tenían que pagar, el deseo de que aprendiesen sus hijos los rudimentos de las letras humanas, de tanta utilidad para las necesidades ordinarias de la vida. Las Universidades dotadas por la liberalidad de los Papas y por la munificencia de los príncipes, costaban bien poco á las clases elevadas, ¿por qué no habían de disfrutar del mismo favor las clases humildes, ya que tanta necesidad tenían?

Engolfado en esta idea, dirigióse José á los Maestros autorizados por el Senado en los diferentes barrios de la población: les pintó el triste estado de tan gran número de almas, y el desorden de tantas familias; y les demostró que la ignorancia era causa de todos los males. De la ignorancia nacen tantos sa-

(1) Sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. (Génesis VII, 21).

crilegos, tantos ladrones precoces, tantos desvergonzados libertinos, tantos criminales de toda especie, que son el terror de las gentes honradas, y que atiestan las prisiones en que se les castiga sin corregirlos. Les hizo ver que eran los escogidos de Dios, y que estaban pagados por el Senado para aquella buena obra tan social como cristiana. Les pidió, les suplicó que no se limitasen á recibir solamente cuatro ó cinco pobres gratuitos de sus barrios, como les exigía el Senado, sino que los recibiesen á todos, y que los atrajesen por todos los medios, asegurándoles la gran recompensa prometida por Dios á los que enseñan la justicia. (1)

Respondíanle unánimemente los Maestros de Roma que entonces eran tan cristianos, que siéndoles en absoluto insuficiente la cuota del Senado para poder vivir, la retribución de los niños era su pan, y el pan de sus familias. «Digno de su recompensa es el obrero» (2) ha dicho nuestro Señor Jesucristo. Con el mayor gusto recibirían ellos gratuitamente aquellos niños, si el Senado les aumentaba el sueldo. No faltaron algunos que groseramente le contestaron que supuesto que se trataba de una obra tan grande, tan hermosa y tan importante, bien podía tomarla por su cuenta él mismo, ya desempeñando las clases, ya pagando maestros, pues era tan rico, en lugar de hacer por ostentación tantas limosnas. Nada respondió José, pero reflexionando sobre todo lo que había oído, se convenció muy pronto, de que él solo no bastaría para tamaña empresa, y que lejos de poder establecer aquella obra de modo que durase siempre, no alcanzarían sus rentas, ni siquiera para hacer un ensayo. Volvió la vista á otro punto, y calurosamente recomendado por el cardenal Ascanio Colonna, dirigió varios voluminosos memoriales á los Senadores y Conservadores del Capitolio, probándoles con hechos y con cifras la necesidad de proveer á las necesidades de aquellos pobres administrados suyos. No obtuvo sino una negativa. Se admiraba su proyecto, y como él, lo consideraba de gran utilidad el Senado, pero abrumado de impuestos, no había de donde sacar para aumentar aquellas partidas en favor de los niños pobres.

No se desalentó José, y se dirigió á otra parte. El Colegio Romano, construido con la mayor munificencia por el Soberano Pontífice Gregorio XIII, había sido confiado á la ilustre Compañía de Jesús para educar á la juventud en las letras y en las ciencias. Bajo su hábil dirección había llegado á ser uno de los mejores colegios del mundo. Trescientos años más tarde, en 1870, lo encontró todavía la revolución en todo su esplendor, y lo suprimió como suprimieron en otro tiempo los bárbaros á su paso todas las glorias de la Iglesia, confiscando su dotación en

(1) *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates.* Daniel XII 3.)

(2) *Dignus est operarius mercede sua.* (San Mateo, X, 10).

beneficio de la enseñanza laica, sin respeto á la sagrada voluntad de los fundadores y bienhechores.

Dirigióse Calasanz al P. Rector: si reproducimos todos sus argumentos, es porque nos proporcionan todos los materiales de una tesis completa en favor de la enseñanza popular y gratuita. Han pasado tres siglos, y aquellos argumentos tienen el mismo valor: diríase que se los ha reunido para las necesidades de nuestra causa católica. Sin embargo, es muy diferente la situación actual. Predicaba José únicamente en favor de los niños pobres y abandonados: jamás soñó en extender la gracia con el nombre de beca á los hijos de los ricos: y está la prueba en que más tarde le vemos fundar colegios florecientes en provecho pero á costa de alumnos que tenían fortuna. El error de nuestro siglo está en que las escuelas sean gratuitas para todos, esto es, pagadas por los contribuyentes, mientras que gran número de familias, podrían atender con facilidad á este género de educación, y lo harían con gusto, si una presión tiránica no les arrancase el alma de sus hijos.

Nuestro Santo expuso al Rector del Colegio Romano, que con frecuencia encontraba gran número de niños de buena índole, demasiado pobres para pagar los gastos de la educación, y que forzosamente permanecían en la más crasa ignorancia, no sólo de las letras, sino también de los principales misterios de la Religión, y de los más especiales deberes de la moral. Gloriabase la Grecia pagana de haber sacado grandes filósofos del seno de la pobreza; pero esta gloria pertenece particularmente á la Iglesia Católica que honra al mismo Jesucristo en los pobres. En efecto, ella ha encontrado en las clases más humildes, poetas, oradores, historiadores y teólogos muy notables: de esas mismas clases ha sacado obispos, cardenales, y aun Papas, como acaba de verse con admiración del mundo en la persona de Sixto V. Dios, continuó José, ha escogido á vuestra ilustre Compañía para sacar de la nada hombres grandes, no sólo para la ciudad de Roma, sino también para todo el mundo. Le pedía, que ya que tenía abiertas tantas escuelas en el estado más floreciente en aquel ilustre Colegio, abriera una más, para enseñar los rudimentos de las letras á los niños pobres. Sería medio infalible para hacer salir del fango privilegiadas inteligencias que más tarde podían ser gloria de la Iglesia, preservando á otras de la eterna condenación. (1).

(1) En todas las épocas, idénticas necesidades han inspirado idénticos pensamientos. Cuando en 1868 escribíamos lo que sigue, no habíamos oído hablar todavía de San José de Calasanz. «No había entrado la enseñanza en nuestros cálculos, al fundar nuestra casa; pero nos han obligado las circunstancias muy á nuestro pesar. ¡Cuántos jóvenes obreros de las condiciones más preclaras estudiarían latín y griego, si alcanzara su pequeña fortuna! ¡Cuántas vocaciones eclesiásticas se descubrirían! ¡cuántos jóvenes cristianos podrían lanzarse felizmente á todas esas carreras que están para ellos cerradas, mientras que están abiertas para los que han sido más afor-

Fuertes y poderosas eran aquellas razones; pero no lo fué menos la respuesta del P. Rector. Sin duda que le parecía muy útil aquella gran obra, pero no estaba á su alcance. Era Reglamento del Colegio que no se recibiese á nadie que no conociera ya los rudimentos de las letras; esto es, la gramática nacional y la latina. Como superior, estaba fuertemente ligado á observar el reglamento, y no había poder alguno que le hiciese infringirlo. No se desalienta José: lo que no puede hacer bajo su responsabilidad el Rector, quizá pueda hacerlo el Superior mayor, y se va á hablar con el General de la Compañía de Jesús. Lo era entonces el célebre P. Claudio Acuaviva, tercer sucesor de San Ignacio. Le expone de nuevo, cuántos pobres de Jesucristo son arrebatados á la Santa Iglesia por el demonio, ¡cuántos de aquellos desgraciados, por la ignorancia de las más elementales verdades, se hacen viciosos, endureciéndose en el mal, insensibles á todo bello sentimiento, y á toda clase de remordimiento! «Con la autoridad que os ha dado Dios en vuestra Orden, tenéis poder para cambiar esos peñascos en hijos de Abrahán, y esos hijos de Belial en hijos de Jesucristo. No dudo de vuestra eficaz voluntad; vuestra divisa es: *á la mayor gloria de Dios*. Vuestro Santo predecesor y patriarca, San Ignacio de Loyola, fué verdaderamente suscitado por Dios para enseñar á la juventud las bellas letras y la piedad, como infalible medio de regenerar al género humano; y con los más bellos auspicios os habéis vos propuesto instruir gratuitamente á los grandes y á los pequeños. Pero se os escapan los más pequeños y los más necesitados: sería necesario abrir para ellos una clase elemental en el Colegio Romano. Con gusto lo haría, según me ha dicho, el P. Rector, si no se lo impidieran los Reglamentos que sólo vos podéis modificar».

Largamente se extendió José en este asunto con que estaba tan preocupado. Lo hizo con todo el talento y con toda la convicción de un alma ardiente puesta al servicio de la mejor de las causas. El P. Acuaviva le escuchó con la mayor caridad. Hacía mucho tiempo que tenía ardentísimo deseo de realizar aquella obra: su mayor gusto sería poder atender á las evidentes necesidades de aquellas pobres almas: estaba convencido de

tunados! ¡Cuántas familias que han venido á menos podrían volver á ocupar su puesto, dando completa educación á sus hijos! Y no se nos diga que sacamos de su clase á los obreros, lo que es, dicen, una de las desgracias de nuestra época. La desgracia es el actual desorden introducido por los enemigos del orden social. Pero la educación secundaria de los hijos del pueblo, es tradición vieja en la Iglesia, es de los más hermosos siglos de la fe. En la edad media había quizá tantas escuelas secundarias como primarias hay en nuestros días... No puedo indicaros sino superficialmente la utilidad de los estudios, mas, limitándose este importante asunto, sabiendo cuánto contribuyen las bellas letras á la felicidad de la vida, y cuánto acercan á Dios, desarrollando el espíritu y el corazón, si os lo permiten vuestros padres, hijos míos, os convidó á estudiar ese latín y ese griego, que os proporcionarán tantos goces, cualquiera que sea la carrera que sigáis.

su excelencia y de sus infalibles resultados. Pero, acosado por las necesidades más apremiantes, no había podido realizar aquel sueño de toda su vida. En el Colegio Romano no se podía pensar. Por orden de Gregorio XIII, habían acudido de las más lejanas provincias los más ilustres, los más piadosos y los más sabios Jesuitas para redactar aquel Reglamento. Lo había aprobado el Papa, y con aquella aprobación lo había hecho inmutable. «No puedo, añadió, ni abolirlo ni modificarlo; ni puedo tampoco dar satisfacción á vuestra demanda y á los deseos de mi alma.» Aquellas razones no eran concluyentes. Ni se modificaba ni se abolía el Reglamento del Colegio, porque se añadiesen aquellas clases elementales que en 1852 introdujeron los Jesuitas en casi todos sus Colegios. Además, con su autoridad soberana, podía aprobar el Papa toda modificación. La única razón de peso era que, sobrecargada la Compañía con tantas obras, no podía emprender también aquella, y que una clase elemental abierta en el Colegio Romano no era suficiente á la inmensa población pobre de la gran Ciudad de Roma. Permitted así Dios, que fueran inútiles todas las gestiones de José, porque lo había escogido á él mismo para emprender y llevar á cabo aquella hermosa obra para su mayor gloria y salvación de tantas almas. Pero no se le había manifestado aún claramente aquella vocación.

Muchas veces, desde el principio de esta historia hemos podido notar la firmeza de carácter y la indomable energía de José para vencer los obstáculos, cuando se trataba de la gloria de Dios. Aquella negativa de los Maestros del Senado, del P. Rector y del General de los Jesuitas no podía llegar á desalentarlo. Se dirigió al Cura de la Minerva. La casa de la Minerva es la cabeza y el centro de toda la Orden de Sto. Domingo. La magnífica Iglesia anexa es una de las Parroquias de Roma. Por su cargo de Visitador de la Cofradía de los Santos Apóstoles tenía José relaciones frecuentes con todos los curas, que le daban la dirección de los pobres y de los enfermos de sus parroquias; pero estaba más estrechamente ligado con el Dominicano, cura de la Minerva, porque era gran siervo de Dios. Comunicóle todo el dolor de su alma, viendo á la niñez abandonada y el miserable estado de tantas familias privadas de instrucción religiosa. Le dió cuenta de sus largas y laboriosas diligencias con los Maestros de la Ciudad, con los Senadores y Conservadores del Capitolio, con el P. Rector del Colegio Romano, y con el General de los Jesuitas; le hizo saber su mal resultado, y concluyó por decirle que no le quedaba ya más que una esperanza, la Santa Orden de los Hermanos Predicadores. «Vuestro gran Fundador se propuso abrir no sólo escuelas de Teología y Filosofía para los clérigos y aun para los legos, sino también escuelas elementales, que son el camino más corto para convertir las almas á Dios». Le suplicó, pues, que le apoyase cerca de su General ó del Prior de la Minerva para obtener que se añaa-